

En el revés de la lectura. Historia de las mujeres sin letra

Graciela Batticuore
UBA-CONICET

Mujeres que (no) escriben

En uno de los primeros cuadros de *Kaos*, la película de los hermanos Taviani, filmada en Sicilia, en 1984, asoma un conflicto singular en el contexto devastador que ha dejado la guerra mundial. Al comienzo de la historia, un grupo de campesinos espera la hora para emigrar de su patria, entre ellos hay una mujer analfabeta que va a quedarse en tierra firme pero busca a un viajero idóneo que pueda llevar una carta a sus dos hijos ya emigrados para entregarles en mano. En otra escena memorable del film aparece la misma mujer dictando el texto a otra con gran emoción. El movimiento de la cámara es lento pero significativo, a medida que avanza sobre la más joven, los espectadores entendemos cual es el drama que se desarrolla entre las dos: la escribiente dibuja formas sobre el papel que no significan nada. Es decir, no transcribe en palabras un mensaje descifrable para los destinatarios de la carta, aunque simula hacerlo ante la otra. La pobre madre iletrada no se da cuenta de que la joven la engaña y se burla de ella, ajena a sus sentimientos por los hijos, también al de los emigrados que no podrán descifrar jamás el acertijo, si es que llegan a recibir alguna vez la carta en América.

Más adelante, en el film, la madre se entera del engaño cuando da a leer la carta al viajero que está dispuesto a llevarla. Pero no se entristece sino que se siente feliz, esperanzada, porque entiende que sus hijos no la olvidaron. Entiende que nunca respondieron a sus cartas porque recibieron de ella mensajes vacíos, ya que la mediadora de escritura fue siempre la misma. Así se explica el silencio y el fantasma del desamor de los emigrados se desvanece para la madre. Entre las muchas posibles reflexiones (y emociones) que estos primeros cuadros desatan en los espectadores del film, es posible ahondar sobre la intimidad de los que están lejos o cerca, sean familiares, amantes, amigos o parte del prójimo.

¿Pero qué es la intimidad, en qué consiste? En el caso de esta mujer analfabeta, la intimidad parece estar hecha del temor al olvido, de silencios que desatan miedos, angustias, negaciones, sensación de soledad y abandono. La intimidad está hecha de palabras no dichas, de

esperas dilatadas en el tiempo, de escrituras veladas. Y también de traición o de crueldad por parte de un prójimo que no empatiza sino que aprovecha la vulnerabilidad ajena. O acaso la falsa escribiente redime en esa burla a la otra, la vergüenza o la frustración que le produce su propia ignorancia. Es evidente que ella tampoco sabe escribir, y esa realidad que la ubica social y culturalmente no es ajena tampoco a las emociones íntimas.

En la Argentina de mediados del siglo XX, una escritora italiana inmigrante escribió sobre estos temas en varias de sus novelas. Se trata de Syria Poletti, autora, entre otros de *Gente conmigo*. La obra fue publicada originalmente en 1962 e inspirada en muchos episodios autobiográficos, cuenta la historia de una joven que llega a la Argentina desde Italia, no sin dificultades, ya que los problemas físicos de una escoliosis severa retardaron bastante los permisos para ingresar al país. Una vez que está en Buenos Aires se dedica a vivir del oficio que había aprendido junto a su abuela en la aldea italiana donde nació: “era un oficio muy extraño el nuestro: el de escribir cartas para los ignorantes”, así lo define la narradora en la segunda página del libro. Y un poco después agrega: “abuela y yo éramos tan pobres que para comer teníamos que cobrar unos centavos por cada carta que escribíamos y esperábamos clientes como los esperan los abogados y los funebros”.¹

La chica y su abuela ejercen una práctica que hoy conocemos bajo el nombre de “escritura delegada”, llevada a cabo gracias al servicio de un *mediador de escritura*, que puede cobrar dinero o no por su intervención, tal como lo han estudiado algunos especialistas de la historia de la cultura escrita como Martyn Lyons.² En la vida contemporánea sigue vigente este servicio en comunidades donde el analfabetismo es todavía moneda corriente. Hace un par de décadas atrás, el director de cine brasileiro Walter Salles lo puso en escena en la película *Central do Brasil* (1998), conocida también como *Estación central*, donde la protagonista, una mujer de bajos recursos, se gana la vida escribiendo cartas para los analfabetos junto a una estación de trenes. Su vida y la de los otros se entrecruzan dramáticamente, por momentos, bajo la mirada sensible del director. También aquí hay traición y desidia porque la escribiente, que carga con su propia soledad en la vida personal, engaña a la clienta haciéndole creer que mandará al correo las cartas que la otra le dicta para el marido pero no lo hace. En su casa hay cajones repletos de cartas sin enviar, que alguna vez escribió para los clientes. En este caso, la mirada escudriñadora del niño que acompaña a la madre descubre para el engaño a los espectadores pero la madre no se entera. Traigo a la memoria este film porque a su protagonista podría caberle, también, el título de la novela de Syria Poletti: *Gente conmigo*. Ambas escribientes

¹ Syria Poletti, *Gente conmigo*, Córdoba, Eduvin, 2017, p. 30.

² Martyn Lyons, *La cultura escrita de la gente común en Europa*, Buenos Aires, Ampersand, 2018.

están envueltas en el ruedo de otras vidas que dejan en ellas sus huellas o marcas indelebles, a pesar de la traición.

En la novela de Poletti, la protagonista no sólo está acostumbrada a escuchar historias ajenas y escribir cartas desde que es una niña, también se involucra en los dramas personales de otros y llega a hacerlos suyos. A tal punto que expone su propia suerte, cuando se decide a falsificar datos de identidad en cartas oficiales que traduce para el consulado a pedido de particulares. Se trata, en este caso, de italianos que desean inmigrar a la Argentina y están tramitando su visa pero tienen problemas de salud que dificultan o impiden el ingreso al país. Para ayudarlos, la escritora falsifica algunos datos relativos a su condición física, lo hace porque se apiada de ellos, es decir que se involucra y termina presa.

Cuando en las primeras páginas de la novela la protagonista evoca su infancia en Italia junto a la abuela parece que la suerte ya estaba echada. Aunque las mujeres viven del dinero que les proporciona el *oficio*, la intimidad con otros, por vía del escrito, las conmueve en demasía: “todo buen artesano tiene su conducta: nosotras también la teníamos –escribe la narradora. A los soldados, por ejemplo, no les cobrábamos y ellos nos compensaban trayéndonos agua y cortando leña. A las madres que tenían hijos en América tampoco les cobrábamos nada. Era nuestra norma. En esas cartas iba más sangre que tinta, más silencios que palabras. Imposible cobrar todo eso” (p. 31). La empatía resuelve el protagonismo de estas mujeres en una imagen contraria a la escena de apertura de *Kaos* o la película de Salles. Aquí no hay engaño ni traición, no hay desidia ni burla, ni tampoco desquite sino un arco fraternal y solidario que abre camino a la suerte compartida: en este caso, como en muchos otros, la guerra y la pobreza definen los lazos familiares de los analfabetos, los desclasados, unidos por una intimidad que la escritura y la lectura albergan (y auspician) en lo *no dicho*. Ese mundo de flaquezas, de orfandades, de vacuidades que pueden anidar, también, en los pliegues de un texto, en la lectura o la escritura, cuando son sentidas e interceptan lo íntimo.

Letras desgarradas, firmas desgarradas

Me dejo arrastrar por este río que lleva y trae tantas historias de iletrados, muchos fueron inmigrantes de otras épocas. Eduardo Muslip publicó en 2017 una novela que recrea la historia de su abuela española, *Florentina* (2017). En ella se mezclan con atención amorosa su propia infancia y los años finales de la vida de la protagonista. La historia comienza poéticamente con una “aparición”, la de la anciana, que se presenta ante el nieto muchos años después de muerta. Cuando la ve o cree verla, sentado en el living de la casa de una de las tías con la que había vivido la mujer sus últimos años, todo el pasado regresa a la memoria del narrador, que nos

sumerge de lleno en su historia. Así sabemos pronto que Florentina odia a los curas, que no la dejaron estudiar cuando era chica. A sus hermanos varones sí los mandaron a la escuela pero a ella no. Florentina nada más aprendió a hacer su firma, la hace oportunamente, sólo cuando es imprescindible. Entonces escribe con una letra desgarbada o tuerta que se tambalea contra el papel lentamente. Esa letra fastidia a sus hijas cuando les toca acompañar a la madre por algún trámite, esperar que la madre se tome su tiempo para desenvolver una por una las letras que apuntan el nombre sobre algún documento. Eduardo Muslip lo describe así:

“El cura le dijo a mi abuela que los hermanos después le enseñarían a leer y a escribir, pero casi no lo hicieron: sólo le enseñaron a firmar. Algo aprendió a leer, apenas ya en Buenos Aires, gracias a una maestra vecina para la que trabajó. Tu abuela algo sabe leer, lee los titulares de los diarios, decían mi madre y mis tías. Fijate que ella se queda un buen rato con el diario, a veces hace algún comentario sobre las noticias, me señalaban. (...) Su escritura, en cambio, siempre se limitó a su firma. Mi abuela firmaba con su nombre completo, hacía una firma larga y lenta, muy clara. Era importante la legibilidad del nombre. Tal vez porque no era propiamente legible para ella misma. (...) Nunca le gustó firmar: sus hijas recordaban que, cuando estaban en la escuela, ella se resistía a firmar los boletines; lo hizo al comienzo, hasta que las niñas aprendieron a escribir. Ellas mismas empezaron a firmar sus propios boletines, imitando bien y sin consecuencias la larga firma de la madre. Cuando, sesenta años después, la acompañaban a cobrar la jubilación, se impacientaban por el tiempo que le llevaba firmar en la ventanilla el cobro. Había una gran diferencia entre su modo de hablar, sus frases cortas, ásperas, y su modo de escribir. La firma le sirvió cuando ingresó a Buenos Aires por primera vez: tuvo que hacerla en la oficina de migraciones”.³

Florentina apenas sabe escribir pero es una trabajadora, incansable y sacrificada por la familia como Doña Paula Albarracín, aunque un poco más enojosa y muy resentida con los curas que no la dejaron aprender lo que hacía falta. La dejaron rezagada, a merced de que los hombres de la casa, para que ellos le enseñaran lo que quisieran, alguna cosa, para que le enseñaran o no. “Tu abuela viajó como ganado (...) Tu abuela tuvo una vida muy sacrificada. Tu abuela siempre trabajó de sol a sol. Tu abuela siempre trabajó como una mula” (p. 53). Resuenan estas frases en la novela de Muslip, son las frases que describen a Florentina, las frases que traducen la mirada de los otros para el nieto, que es el que escribe la historia cuando es adulto. Una mujer trabajadora, eso es Florentina. Una mujer acostumbrada a cargar el peso sobre sus hombros. Una mujer fuerte, valiente, que odia a los curas y que habla con su lengua: “me deixa em paz, peste!”, dice cuando quiere delimitar en torno suyo una zona de exclusión, que la dejen en paz, sola, con su intimidad y sus trabajos. Así también la recuerda el nieto, con la propia voz de la abuela. “Ahora puedo decir que decía frases en gallego, pero para mí esas frases eran en la misma lengua, un castellano con algunas rarezas, más propias de la personalidad de mi abuela que de una lengua. Sus historias más largas las hacía en castellano, pero de esas historias me acuerdo el contenido, no sus palabras”. (...) El lenguaje de mi abuela era un mundo de frases

³ Eduardo Muslip, *Florentina*, Buenos Aires, 2017, p. 31.

cortas: insultos, órdenes, refranes” (57). Esta es *la voz de la abuela*, la que se levanta sobre los libros que no lee, sobre las letras que con dificultad escribe, *la voz recuperada* por el nieto, la voz que habla a veces con rencor, -por aquéllos hombres que le negaron un acceso directo a la palabra, a los signos que no puede leer por sí misma. Los carteles en la calle que no entiende, lo que está escrito debajo de los titulares de los diarios que apenas llega a balbucear. La abuela iletrada de Muslip o muchas otras que vienen del pasado o vuelven en el presente, ahora mismo, cuando la inmigración no asistida hace sus estragos en el mundo.

Espero que este corto recorrido por épocas y culturas diferentes haya permitido vislumbrar algunas cuestiones que desarrollo en una versión más extensa de este trabajo y que me interesa seguir pensando: 1) que la lectura y la escritura *involucran a todos los sujetos que forman parte de una cultura*, sea que puedan usar o aprovecharse de sus beneficios en forma directa, activa, o que necesiten de otros para acceder a ellas; 2) que los iletrados tienen diversos modos de acceder a los escritos, no sólo a través de mediadores de lectura y escritura, “secretarios de los humildes” (como recuerda el poeta Pedro Salinas que se decía en el siglo XIX; lo recuerda en un precioso artículo sobre el género epistolar que leí hace mucho⁴), sino a través de imágenes, dibujos, ilustraciones u otros modos de inscripción de un mensaje sobre la página en blanco, sobre las piedras, la tierra, la arena, incluso en el aire (como se logra cruzando aviones en el cielo que escriben con humo o cuelgan carteles de publicidad en lo alto en las playas veraniegas de la costa atlántica por ejemplo); 3) que existen lazos profundos entre la lectura, la escritura y la intimidad: los ejemplos son innumerables y trascienden el mundo de la literatura o de los escritores y los intelectuales. La lectura y la escritura requieren un aprendizaje que involucra aspectos intelectuales y emocionales, requiere de maestros, se transmite entre amigos, enemigos, amantes, hermanos, conocidos. *La intimidad, hecha de incertidumbres, descubrimientos y silencios*, además de flaquezas y de vacuidades, *se aprende mejor en la escritura, a veces, porque la lectura a solas ofrece el tiempo y el ansia de un encuentro personal*. Cualquiera puede valerse de este invento humano, la alfabetización no es patrimonio exclusivo de los que los sujetos letrados que la detentan.

⁴ Pedro Salinas, “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”, en *El defensor* de Madrid, Alianza, 1983, 19-113.

Bibliografía

Lyons, Martyn, *La cultura escrita de la gente común en Europa*, Buenos Aires, Ampersand, 2018.

Muslip, Eduardo *Florentina*, Buenos Aires, 2017.

Poletti, Syria, *Gente conmigo*, Córdoba, Eduvin, 2017.

Petrucci, Armando, *Escribir cartas*, Buenos Aires, Ampersand, 2018.